

Del pasado eterno

El declive de antaño



Tratamos de aguzar y apretar nuestra visión de la presente realidad histórica adiestrándola en el escudriño de las memorias del pasado. Y nada mejor al caso para nosotros los españoles de hoy, que el estudio de la dramática historia de España durante el siglo XIX, y mejor desde 1812 a 1898. Es un manadero de enseñanzas.

Hay un libro publicado en tres tomos, de 1872 a 1874, que gozó de favor y boga antaño y hoy está, sin merecerlo, casi olvidado. Es "La estafeta de palacio", historig comentada del reinado de Isabel II, que escribió D. Ildefonso Antonio Bermejo, antidemócrata y sedicente reaccionario, en forma de cartas a D. Amadeo de Saboya primero y a D. Alfonso de Borbón, luego XII, después. Narra la historia del lamentable reinado de la segunda Isabel y de paso comenta los sucesos del tiempo en que escribía. Y es libro utilísimo para conocer a aquellos políticos—Espartero, Olózaga, Cortina, Mendizábal, Narváez, González Bravo, Bravo Murillo, O'Donnell, etc.—, y a aquellas principalidades como él las llama. Sobre todo, a doña María Cristina de Borbón, la señora de Muñoz, reina gobernadora en un tiempo e intrigante siempre. El Sr. Bermejo, queriendo encubrirla, la descubre, y cuando parece defenderla, es cuando la delata.

En ese libro no se estudia concretamente el reinado de Fernando VII ni a este sujeto regio; pero incidentalmente hay juicios sobre ellos. Y un retrato del mal hijo de Carlos IV que es uno de los más acertados que conocemos.

En la carta VIII del tomo tercero, firmada a 3 de abril de 1873, dirigida a S. A. R. el príncipe D. Alfonso de Borbón, y dedicada a narrar los sucesos de 1851, se hace un escarceo retrospectivo al abuelo del príncipe, y dice de él el Sr. Bermejo: "No teniendo en nada fe, no la tuvo ni en su fortuna ni en la de su monarquía; ignorando cuáles son los rumbos por donde las naves van al puerto y cuá-

les por dónde van a dar en los escollos, recogió todas las velas de la suya y la entregó a merced de las olas. Para mostrar su indiferencia por todo, acarició a Ballesteros y a Calomarde, y les obligó a vivir en gubernativo maridaje, y en su oposición encontró lo que buscaba; es a decir, el reposo. Lo único que deseaba para sí y para su monarquía era no morir de muerte violenta, sino deslizarse mansamente por el pendiente declive de la vida hasta hallarse como sin advertirlo en el sepulcro. Por eso fué enemigo de las reacciones y de las reformas, porque temía remover con las dos cosas los malos humores en el cuerpo del Estado. Vuestro abuelo Fernando, que hubiera sido un mal gobernador

de un imperio floreciente, fué el gobernador que convenía a un imperio caído, a quien los remedios no podían hacer otra cosa que exacerbar las dolencias. Temeroso siempre de alguna catástrofe, puso el trono un tanto más bajo de lo que lo habían tenido sus mayores para que la caída fuese más blanda, si por ventura se venía al suelo. Tenía por costumbre vuestro abuelo Fernando bajar la cabeza cuando los temporales eran bravos; y la levantaba cuando los tiempos eran pacíficos y bonancibles, sin que le perturbase decir: "Fuí forzado"; porque sabía que el huracán perdona a los arbustos y troncha los robles."

¡Bien por el Sr. Bermejo! Y en este precioso pasaje de su obra nos hizo detenernos la expresión "el pendiente declive" de tanta actualidad hoy. ¿Actualidad? ¡En España parece que de perpetuidad! Porque el declive derrumbe más bien—o como decíamos hace poco, timba, esto es: despeñadero—por el que rueda España es el mismo de hace un siglo, es el mismo de 1822.

¿Que fué Fernando VII enemigo de las reacciones? ¿Y la de 1823? El 7 de noviembre de este año, pronto hará los noventa y nueve, fué asesinado, por orden de Fernando VII, en la plaza de la Cebada de Madrid, Riego, cuyo nombre, que fué luego enseña de los liberales, está hoy gra-

bado en el salón de sesiones del Congreso. Y no por haberse sublevado en Cabezas de San Juan, sino por haber votado, con otros muchos, en Sevilla la incapacidad del rey. "¡Qué bárbaros somos los españoles cuando nos ponemos a serlo!", dice a este respecto en su "Historia de España" D. Angel Salcedo Ruiz, que no es precisamente un liberal demócrata ni lo que se dice un izquierdista y que trata de sincerar cuanto puede al abyecto Fernando. El cual Fernando, cuando se ponía a ser vil y rencoroso y vengativo, no conocía linderos.

Pero los tiempos han cambiado y los hombres también. Aunque no tanto como a primera vista nos parece. Los esbirros no duran ahora lo que hace un siglo duraban ni las violencias pueden ser iguales. Somos menos castizos que en tiempo de Calomarde y Pepa la Naranjera. Nos vamos cosmopolitizando. Ya el "gachó" no es más que un anhelo, una añoranza. O es un "gachó sportman", el más desatinado mestizaje posible. Mas aun habiendo cambiado los tiempos y los hombres, el declive de 1922 es el mismo declive de 1822, que lleva, como sin advertirlo, al sepulcro.

Y volviendo ahora los ojos a la historia de hoy, a la que vivimos y hacemos, preparémonos a ver en qué queda eso de las responsabilidades por lo de la santiaguada.

MIGUEL DE UNAMUNO



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES